

de enorme importancia que nuestra región ha dado al mundo, como antes lo hizo con el principio de no intervención y el derecho de asilo. Su caracterización, desarrollo y maduración son obras de América latina.

Respecto a los éxitos ya alcanzados gracias a esta iniciativa y los objetivos a futuro, el mandatario recordó que la captura combinada de los cuatro países ha ido creciendo paulatinamente, hasta constituir el diez por ciento de la pesca mundial. Señaló que, a futuro, este derecho obliga a tomar conciencia de la importancia de la Cuenca del Pacífico en el mundo del mañana:

—La búsqueda de nuevas fuentes de energía y de recursos alimentarios, junto con la necesidad de incrementar el comercio y la cooperación para el desarrollo —agregó— son sólo algunas de las razones que concitan el interés por este inmenso espacio oceánico.

Pero, ¿cuáles han sido los beneficios concretos y específicos que trajo para Chile la visionaria decisión del ex presidente González Videla al establecer la tesis de las doscientas millas?

Fernando Zegers, director general de la cancillería y delegado de Chile durante los quince años del proceso de la Conferencia del Mar en Naciones Unidas, los resume para ERCILLA:

—Es un hecho de enorme importancia para la soberanía y economía del país —señala—. En primer término, la zona económica de doscientas millas más que duplica la superficie terrestre. De la zona se extraen más de tres millones de toneladas de pescado, transformando a Chile en el cuarto país pesquero del mundo. Antes de 1947, la captura no llegaba a las cincuenta mil toneladas. Actualmente, el nueve por ciento de nuestras exportaciones proviene del mar y de él extraemos también buena parte de nuestro petróleo. Sumado a esto, existen en la zona ricos yacimientos de nódulos polimetálicos, ricos en cobre, níquel y cobalto.

Amén de estos éxitos, el más rotundo, a su juicio, ha sido el diplomático:

—Es un éxito histórico de la cancillería chilena. Chile lo proclamó solo ante el mundo y, desde 1947, lo ha defendido incansablemente. La batalla por las doscientas millas fue un clásico ejercicio diplomático, fundamentalmente de diplomacia multilateral. En 1968, cuando se inició el tratamiento del tema en las Naciones Unidas, sólo cinco países defendían, contra los demás, las doscientas millas. Desde allí, hasta su adopción final, en 1982, hubo un esfuerzo diplomático de defensa, formulación de la posición nacional y convicción de otros, que es un éxito para el país, el Pacífico sur y América latina en general.

M. Isabel Fernandez ■

JAIME GUZMAN

Algunas lecciones de la crisis



La dura recesión económica que afecta hoy al país acarrea situaciones dolorosas, cuyo mayor alivio posible es y debe ser motivo de los mejores esfuerzos nacionales. La pérdida que muchos experimentan del fruto de años de trabajo, unida a la angustia del desempleo que sufren cientos de miles de chilenos, no podría dejar indiferente a nadie.

Aun así, creo que ello ofrece la posibilidad de extraer lecciones útiles para todos. Quisiera aludir, fundamentalmente, a dos.

La primera es que las secuelas de esta crisis evidencian lo errado de esa inversión de valores morales que, durante los últimos años, se insinuó amenazante en algunos sectores. Me refiero a la equivocada tendencia de apreciar a las personas por lo que tienen, más que por lo que son.

No es cierto, acaso, que muchos se inclinaron a considerar signo preeminente de estatus social, a la obtención de más y más cosas materiales, o de posiciones de bienestar y poder económico?

Cuando vemos caer bruscamente esos ídolos con pies de barro que tanto adoraban —o miraban como meta de vida— recobran toda su fuerza los auténticos valores morales y humanos, única fuente válida de realización personal y de verdadero estatus ante la sociedad.

La sencillez, la sobriedad, el sentido solidario hacia el prójimo y el espíritu de servicio público resurgen, así, como las virtudes que constituyen el único patrimonio sólido que los seres humanos podemos tener, y que apuntan a la fidelidad a nuestra más profunda vocación. Lo único que, y en consonancia con el ser nacional, resulta idóneo para suscitar el aprecio duradero de los demás.

La segunda reflexión que deseo añadir es que esta crisis ha mostrado con cruda nitidez la falacia de los enfoques sociales fundados en la lucha de clases.

Conocida es la importancia capital que para la doctrina marxista reviste su visión de la sociedad como el escena-

rio de enfrentamiento entre dos clases irreductiblemente opuestas y enemigas entre sí. Los fáciles dividendos políticos de la envidia han llevado, asimismo, a que muchos sectores no marxistas —y algunos incluso de raíz eclesíastica— se plieguen a la prédica resentida del odio de clases.

Nadie podría discutir que la vida económico-social genera múltiples antagonismos de intereses. Pero ellos distan de ese carácter monolítico que el marxismo pretende darles, propio de una supuesta contraposición permanente entre los empleadores y los asalariados. Hay también intereses opuestos entre los diversos sectores empresariales, como los hay entre los variados sectores laborales o sindicales.

Sin embargo, lo esencial reside en advertir que esos antagonismos son sólo parciales, porque el destino global del país es uno solo, y sus efectos —normalmente y a la postre— repercuten sobre todos sus integrantes en la misma dirección, si bien no con similar intensidad.

El auge económico que Chile vivió en 1975 y 1980 llegó con sus beneficios tanto a los empresarios —que incrementaron sus patrimonios— como a los trabajadores —que vieron sostenidamente elevadas sus remuneraciones reales—, con su consiguiente acceso a bienes como televisores, radios, electrodomésticos en general e, incluso, automóviles, al igual que a múltiples formas de esparcimiento y progreso cultural antes desconocidas para la gran masa del país.

Del mismo modo, la recesión ha golpeado ahora con rudeza tanto a los empresarios que sufren quiebras o serios menoscabos de patrimonio, como a los trabajadores que han perdido su empleo o han visto deterioradas sus remuneraciones. No se trata, pues, de una lucha entre empresarios y asalariados, ni entre ricos y pobres, sino de una batalla conjunta de los chilenos contra la recesión, que a todos afecta. El esquema de la lucha de clases, una vez más, ha quedado así desnudo en su falacia.